

TAREAS PENDIENTES DEL PERSONALISMO

Félix García

A veces los términos terminan gastándose sin haber sido nunca utilizados del todo, o, al menos, habiendo sido proclamados con grandilocuencia en innumerables discursos, sin las repercusiones prácticas que hubiera sido de desear. Algo de eso le puede ocurrir al personalismo, término que cuenta con poca aceptación, curiosamente en un momento en el que goza de universal aceptación la declaración de los derechos humanos, con la lógica exaltación de la dignidad de la persona, en este caso, también con escasa repercusión en la vida práctica de los pueblos y de sus gobiernos. Pues bien, gastado o no, nos parece importante reivindicar con fuerza y con ilusión la intuición fundamental del personalismo, tal y como ha sido expresada por una corriente que tendría en Mounier uno de sus exponentes más acabados. Es decir, reivindicamos que sigue siendo imprescindible, necesario y, al mismo tiempo, hermoso, luchar por un cambio profundo de la sociedad y de las personas que la componen, reconociendo que sin un cambio de las estructuras de opresión y explotación que nos sofocan no habrá revolución, pero reconociendo también, al mismo tiempo, que sin un cambio interior profundo de las personas no habrá una revolución en la que el eje central sea la libertad y la solidaridad de todos los seres humanos. Nos negamos, por tanto, a dar por cerrada una página de la historia, la de los grandes movimientos sociales luchando por la implantación definitiva de los ideales de fraternidad, libertad e

Igualdad, cuando todavía esos ideales no se han encarnado en la vida cotidiana y en las estructuras sociales del mundo contemporáneo.

Hay que seguir en la brecha, no como francotiradores aislados, sino codo a codo con todos los que, descontentos profundamente de lo existente, piensan que es posible vivir de otra manera. El primer problema, con el que tendremos que enfrentarnos, será precisamente el de recuperar una actitud comprometida que no escurre el bulto ante los problemas, sino que les hace frente. Nada, pues, de refugiarse en el jardín privado de Epicuro, pensando ingenuamente que podremos salvar la minúscula parcela de bienestar que nos concede el sistema actual. Urge un elogio de la militancia, de una vida planteada testimonialmente que aspira a vivir intensamente el presente, pero un presente espeso en el que se encuentran la memoria de un pasado que no se está dispuesto a olvidar y la esperanza de un futuro que nos interpela. Nada de hacer borrón y cuenta nueva, de olvidar los esfuerzos y las derrotas de tantos que han ido jalando la historia de destellos de algo distinto y mejor; nada de renunciar a una fecunda tradición sin la que sería imposible continuar la marcha; nada, en definitiva, de dejar también la historia en manos de los vencedores. Por lo mismo hay que seguir reivindicando la utopía, el futuro no como algo alejado e iluso, sino como algo que irrumpe en nuestro presente y hace saltar en añicos la miseria cotidiana; una utopía que no se contenta con ser puro y vacío deseo, sino que muestra, aquí y ahora, que en efecto se puede vivir de otra manera, que no hay nada tan poco realista como el «realismo» anquilador y disolvente del sistema, del orden establecido. Estamos siempre en el tiempo del ya, pero todavía no; en eso consiste precisamente la militancia testimonial: en intentar encarnar de forma integral una manera de vivir en comunidad que cuestiona radicalmente unas estructuras opresivas y apuesta por otra cosa.

Una militancia de este tipo es, como puede fácilmente deducirse, una militancia integral en la que el talante ético empapa todos nuestros actos. Sería esta una segunda tarea urgente desde una perspectiva personalista: recuperar el nervio ético en una sociedad que está profundamente desmoralizada. Los grandes valores y los grandes códigos éticos que hoy se proclaman y que figuran en las constituciones no guían la vida diaria de las personas y los grupos sociales; no hay, en realidad, un conjunto de valores que de vida al cuerpo social, de donde que, perdida esa urdimbre moral, se encuentra desmoralizado,

incapaz de hacer frente a los problemas que le acosan. Oscilamos entre la anomia perniciosa y la polinomia disolvente; «si puedo, ¿por qué no?» y «vive y deja vivir» parecen ser, en estos momentos, las dividas fundamentales de las sociedades occidentales y de la nuestra en concreto. A duras penas se esconde tras esa aparente tolerancia el reinado de la insolidaridad y de la dura competencia en el que el lobo estepario ha sustituido al buen salvaje como mito fundador de la vida social. Hay que proclamar con fuerza una moralización radical de la vida cotidiana, sin que por ello se entienda la fácil moralina ni el discurso intimista. Hay que recordar que no se pueden separar nunca los fines de los medios, que los problemas con los que nos enfrentamos no son problemas teóricos ante los que tengan que ceder los argumentos éticos. Con las armas nunca se preparará la paz, como con la burocratización y la libre empresa tampoco se alcanzará una sociedad autogestionada en la que los seres humanos puedan vivir libre y solidariamente. Hay que saber dar la casa, no salir corriendo cuando vienen las dificultades o cuando los escrúpulos nos obligan a renunciar a salidas menos cómodas; nos ha tocado vivir en este momento y en esta sociedad y es aquí donde tenemos que trabajar por un mundo distinto. No debemos olvidar nunca que, si bien es importante luchar por los derechos y denunciar todo lo que se opone a nuestro desarrollo personal, también es importante, tanto o más que lo anterior, el recordar nuestros deberes, el ser conscientes de que el fundamento de la vida social radica precisamente en que nos sentimos responsables de los demás, que somos vulnerables a sus culpas y sus aciertos y, por tanto, corresponsables de lo que los otros hacen mal, de donde que nuestros deberes suelen ser siempre mayores que nuestros derechos.

Todo esto será posible si nos centramos en una acción dirigida fundamentalmente a la sociedad civil, por recoger un término que ya es clásico. Hay que reapropiarse de la política que ha sido secuestrada y adulterada por los 'políticos' profesionales, convertidos en técnicos gestores del sistema, incapaces de ir más allá de lo existente. Nada, por tanto, de delegar en otros lo que corresponde a nuestra propia capacidad; debemos intervenir directamente en política, asumir nuestras propias responsabilidades, responder colectiva y organizadamente a las exigencias que nos plantea la sociedad actual. Romper, en definitiva, con la alienación política que genera una situación permanente de opresión y sumisión sería un esfuerzo central, no olvidando nunca que estamos hablando de política en su sentido no adulterado, es

decir, como conjunto de problemas que afectan a la vida de una comunidad humana. Queremos tomar partido ante las cuestiones fundamentales, pero en ningún modo formar un partido que aspire a competir en el campo de los partidos actuales. No es ese nuestro sitio. Queremos más bien volcarnos en la construcción de una sociedad libre y solidaria, es decir, en una sociedad en la cual la democracia sea algo real y no puramente formal, y eso sólo se alcanza partiendo desde abajo, generando una dinámica social en la que todos y cada uno se impliquen en los problemas que afectan a la comunidad, que tomen sus propias decisiones contando con los elementos de juicio necesarios para poder hacerlo, en la que nadie delegue en nadie lo que a él le corresponde, en la que, en definitiva, nadie olvide que la libertad y la solidaridad no son cosas que se consiguen de la noche a la mañana ni que puedan sernos otorgadas por parlamentos benefactores, sino algo que se consigue en el esfuerzo de cada día por todos y cada uno.

Teniendo en cuenta todo lo que acabamos de decir, es urgente salir a la calle, implicarse en los innumerables problemas que sacuden el tejido social al que pertenecemos. Nadie pone en duda que vivimos momentos difíciles, especialmente difíciles para los más débiles y marginados, los que no cuentan excesivamente en la vida social actual, como los jóvenes, los parados, los ancianos, los disminuidos físicos, los pueblos dependientes, y muchos otros. No obstante, también hay muchos signos de que se está intentando romper con unas estructuras que pueden conducir a la humanidad a la hecatombe final; hay hambre de cambio y en las dificultades por las que pasamos no resulta tampoco imposible saber leer los gérmenes de algo nuevo que intenta salir al exterior, irrumpir y transformar la sociedad. No podemos dejar la historia en manos de los de siempre; llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones, un mundo en el que las espadas se convertirán en arados y en el que los seres humanos vivirán solidariamente. No podemos esperar sentados, pues nadie nos va a dar lo que sólo nosotros mismos podemos alcanzar. Tampoco podemos esperar al día de mañana en el que, no sabe nadie cómo, la utopía será realizada. Una utopía que se deja para mañana, ya no es una utopía. Aquí y ahora hay que conseguir que el germen de lo nuevo se haga presente suscitando una fuerza de transformación que derribe del trono a los poderosos y enaltezca a los humildes, que colme de bienes a los hambrientos y deje vacíos a los ricos.